

SANTOS TÁRACO Y COMPAÑEROS MÁRTIRES

Día 11 de octubre

Por P. Juan Croisset, S.J.

San Táraco fue romano; es decir, gozaba derechos y privilegios de ciudadano romano. Nació en Claudiópolis de Isauria [en Asia Menor o Anatolia, hoy Turquía], y fue hijo de la tropa. Era de setenta y cinco años de edad, y había servido en los ejércitos de los emperadores con el nombre de Víctor; pero, haciéndose cristiano, dejó el servicio, pidiendo licencia á su capitán, que se llamaba Polibión.

Probo, de menos edad que Táraco, aunque era originario de Tracia [en Grecia], nació en la de Panfilia [en Asia Menor], y, sin embargo de ser de familia humilde y plebeya, era hombre rico; pero todo lo dejó por dedicarse únicamente al servicio de Dios.

Andrónico fue de nacimiento más ilustre; debióle á una de las casas más calificadas de la ciudad de Efeso [en Asia Menor o Anatolia, hoy Turquía]; era joven, bien dispuesto y de mucho espíritu. No se sabe por qué casualidad ó aventura los juntó á todos tres la divina Providencia; sólo se sabe que por los años 304, poco después que se publicaron los edictos de los emperadores Diocleciano y Maximiano contra los cristianos, dos arqueros ó alguaciles, llamados Eutolmio y Paladio, presentaron á Máximo, gobernador de Cilicia [en Armenia], aquellos tres extranjeros por haber confesado desde luego que eran cristianos. Dio principio el gobernador á su interrogatorio por el más viejo, y le

preguntó cómo se llamaba: *Llamóme cristiano*, respondió Táraco. — *Impío*, replicó Máximo, *no te pregunto tu profesión, sino tu nombre.*—*Mi nombre es cristiano, porque lo soy*, repuso Táraco. Irritado el gobernador, mandó descargar crueles bofetadas sobre su venerable rostro, no cesando de exhortarle á que tuviese lástima de su ancianidad y tratase de rendir culto á los dioses á quienes adoraban los emperadores.— *Y porque los emperadores quieran adorar á los demonios*, respondió Táraco, *¿tengo de adorarlos yo? No hay en el Cielo ni en la Tierra más que un solo Dios: á Este adoro; á su santa ley me rindo, la guardo y la obedezco.*—*Infeliz y miserable*, replicó Máximo, *¿hay en el mundo otra ley que la del Príncipe?*—*Y como que la hay*, respondió el Santo Mártir; *la ley de Dios que condena vuestra impiedad.*—*Despójnle de los vestidos*, dijo colérico el tirano; *despedácenle el cuerpo á azotes para ver si sana de su locura.*—*La mayor prueba del juicio y de la cordura de los cristianos*, respondió Táraco, *es sufrir todos los tormentos y la misma muerte, por amor de Dios y de su único Hijo Jesucristo.* — *Luego tú adoras dos dioses*, le arguyó Máximo; *y si adoras dos, ¿qué razón tendrás para no adorar á los nuestros?*—*No lo permita Dios*, respondió el Santo; *á uno sólo adoro cuando adoro al Hijo, que es en todo igual y consubstancial á su Padre. Para conocer este misterio es menester ser cristiano; sin fe, ni se puede discurrir, ni se puede hablar de Dios como se debe.* Indignado el juez con tan animosas como desengañadas respuestas, mandó que le cargasen de cadenas y le encerrasen en un calabozo.

Mandó después que se presentase Probo, y en tono colérico le dijo: *¿Serás tú tan mentecato como tu compañero, que quieras preferir la muerte al favor del soberano? ¿Cómo te llamas?*—*El nombre con que me honro es el de cristiano*, respondió el generoso confesor de Jesucristo; *¿para qué quieres saber otro? El de Probo,*

que los hombres me impusieron, nada significa. Por lo demás, te diré, con tu licencia, que no hay mayor juicio ni mayor discreción que conocer, amar y servir á un solo Dios verdadero, como ni más lastimosa locura ni más insigne mentecatez que adorar por dioses á unos inanimados ídolos, obras sin espíritu que fabricaron las manos de los hombres. La única respuesta del tirano fue mandar que le tendiesen sobre el potro y que le despedazasen á azotes con nervios de bueyes; crueldad que se ejecutó con tanta violencia, que todo el pavimento quedó cubierto de sangre.— *Tus ministros*, dijo el Santo con semblante apacible y siempre sereno, *tus ministros hacen conmigo oficio de médicos, los cuales sajan para curar; muy agradecido les estoy por la exactitud y por el ardor con que obedecen lo que les mandas.* Rabioso Máximo por la serenidad que mostraba el Santo Mártir, le dijo como por mofa: *Lástima es que no esté aquí presente tu Dios, para que te cure tus llagas y te dé algún refrigerio.*—*Presente y muy presente está*, respondió Probo; *de que es buena prueba, no sólo la paciencia, sino el consuelo con que sufro mis dolores. Este mi Dios es el que me fortalece, el que me consuela, el que me asiste actualmente, y el que también me asistirá, si fuere su voluntad, hasta el último aliento de mi vida.* Reventando el tirano de cólera y de despecho, mandó que le quitasen el potro, que le cargasen de cadenas, que le encerrasen en el calabozo, y que le metiesen en el cepo hasta las troneras ó los agujeros del cuarto orden; especie de tormento verdaderamente horrible.

Demetrio, capitán de una compañía de soldados que estaba de guarnición en la ciudad, le presentó á Andrónico, el tercero de los Santos Mártires, el más joven de todos, pero no menos esforzado ni menos ansioso del martirio que sus dos compañeros. Luego que Máximo le vio, se sintió inclinado á amarle, y, movido de compasión,

dio principio al interrogatorio en la fórmula ordinaria, preguntándole blanda y cariñosamente su nombre, su calidad, y el lugar de su nacimiento. *Mi nombre es Andrónico, respondió el generoso mancebo, mi patria Efeso, y mi calidad muy conocida en aquel numeroso pueblo; pero el verdadero nombre, la verdadera calidad y la verdadera nobleza de que únicamente me precio es de ser cristiano.—Ya veo, querido mío,* replicó el gobernador, *que esos dos insignes embusteros que acabo de castigar trastornaron tu buen juicio con sus hechizos y con sus encantos; pero, hijo, no puedo creer que un joven de tan bello entendimiento como tú se quiera exponer, á sangre fría y por su gusto, á los más crueles tormentos y á una muerte ignominiosa. — Si tengo ese bello entendimiento, como supones,* respondió Andrónico, *y si no he perdido el buen juicio que me atribuyes, debo despreciar esos tormentos, y aun esa ignominiosa muerte que dura pocos instantes, por no incurrir en la muerte y en los tormentos eternos, destinados á los idólatras y á los enemigos del nombre cristiano.* No esperaba Máximo esta respuesta; pero, aunque interiormente se irritó con ella, disimulando su enojo le dijo con blandura: *Perdono á tu inconsiderada juventud una respuesta tan extravagante; pero, hijo, dejémonos de palabras: es menester sacrificar en este mismo punto á los dioses de los emperadores, que fueron también los dioses de nuestros abuelos; porque no se ha de decir en mis días (aquí levantó la voz en tono bronco, sañudo y enfurecido), no se ha de decir en mis días que una desdichada secta de miserables cristianos se nos venga delante de nuestros ojos á menospreciar los dioses del imperio y á pretender que mudemos de religión.—Joven soy,* respondió el Santo, *modesta y respetuosamente; joven soy, es verdad; pero tengo la dicha de ser cristiano, y la fe suple la falta de los años. Si tú conocieras como yo la impiedad del Paganismo, la imposibilidad de muchos dioses, la verdad, la sabiduría y la santidad de la religión*

cristiana, lejos de exhortarme á rendir adoraciones á unos dioses sin otro ser que el que los fingió la fábula, Máximo, tú mismo te harías luego cristiano. Convirtiéndose en furor la ternura del tirano, y mandó que, despojándole al punto de sus vestidos, le colgasen de la garrucha. Compadecido el capitán Demetrio, le quiso exhortar á que se aprovechase de la inclinación que el gobernador le profesaba; pero Andrónico se burló de sus exhortaciones. Hallábase presente cierto alcaide de una de las cárceles, llamado Atanasio, y, movido también de lástima, se empeñó en persuadirle á que sacrificase, valiéndose de las razones más fuertes que le pudo inspirar la compasión. Créeme, querido mío, le decía; obedece al gobernador, y no te obstines mucho en perderte: sigue mi consejo, pues ya ves que por los años pudiera ser tu padre.—No porque seas más viejo eres más cuerdo, respondió Andrónico, pues me aconsejas que ofrezca sacrificios á los troncos y á las piedras en menosprecio del verdadero Dios, mi Criador, mi soberano Juez, y que también lo ha de ser tuyo. No se atrevió Atanasio á replicarle ; pero el gobernador mandó á los verdugos que le atormentasen cruelmente en las piernas, donde siempre es más vivo el dolor. Con efecto, lo sintió vivamente el santo mártir, y tanto, que, no pudiendo disimular, protestó que, aunque era grande el dolor que padecía, lo toleraba con gusto por la confianza que tenía en la misericordia y en la bondad del Señor. Créeme, hijo mío, le dijo el gobernador por última señal de compasión; déjate de ese capricho, adora desde luego los dioses que adoran los emperadores, y yo te prometo que muy en breve experimentarás los efectos de su benevolencia y de su favor.—Respeto como debo á los emperadores, respondió Andrónico, pero detesto y detestaré siempre su falsa religión, pues los enseña á adorar á los demonios y á ofrecerlos sacrificios. Mostróse Máximo extrañamente irritado con esta última respuesta de nuestro Santo, y mandó á los verdugos que le surcasen los costados con

uñas y con garfios de acero; que le echasen sal en las llagas y que después se las frotasen con cascotes de hierro viejo, amenazándole que cada día le haría padecer nuevos tormentos. Mostró entonces Andrónico más valor y más constancia que nunca, protestando que, lejos de acobardarle los tormentos, le alentaban y le fortalecían más y más; y que, teniendo colocada toda su confianza en sólo Dios, con igual desprecio trataba sus amenazas que sus suplicios. Era ya todo su cuerpo una sola llaga; y en este estado mandó el juez que le echasen al pescuezo y á los pies una gruesa cadena, y que le encerrasen en un oscuro calabozo, con orden expresa de quo ninguno entrase á verle ni á curarle, para que, enconadas y encanceradas las llagas, se viniese á podrir vivo.

Pasó Máximo de la ciudad de Tarso á la de Mopsuesta, adonde mandó le siguiesen los tres ilustres prisioneros, con resolución de tentarlos en otro segundo interrogatorio.

Al salir de la audiencia mandó el gobernador publicar que el día siguiente había combate de fieras y gladiadores, cuya voz atrajo el gentío de todo el contorno. Como los Santos Mártires no se podían mover por sí mismos, fueron conducidos en hombros ajenos y colocados en medio del circo. Luego que entró Máximo en el anfiteatro, mandó que soltasen de una vez muchas fieras contra ellos; pero ni una sola los tocó. Bramando de rabia y de furor el tirano, dio orden de que les echasen las más feroces y las más hambrientas. Abrieron la jaula á una ferocísima osa, que salió al circo respirando saña, y parecía que iba á hacerlos pedazos á todos; pero, cuando estuvo á distancia de dos pasos de los mártires, se paró de repente, dio dos ó tres vueltas alrededor de ellos, bajando como, por respeto la cabeza, encaminóse adonde estaba Andrónico, y, echándose á sus pies,

comenzó á lamerle blandamente las heridas. Resonaron en todo el anfiteatro estruendosos gritos de aplauso y de admiración, tanto, que no pudiendo Máximo disimular ni su confusión ni su enojo, mandó que matasen á la fiera á los pies del mismo Santo. Salió, en fin, una leona, que con sus espantosos rugidos llenó de miedo y de terror á todos los circunstantes; parecióles á todos que veían ya el instante en que los mártires iban á ser sangriento y menudo destrozo de sus garras; pero quedaron atónitos y embargada la voz con el asombro cuando vieron que la fiera, olvidada de su voracidad y de su hambre , después de pararse un rato á mirar á los tres campeones con apacibilidad y con sosiego, se fue á postrar dulcemente á los pies de San Táraco, bajando la cabeza como en señal de lo mucho que le respetaba. Ya no pudo el circo reprimir los alaridos en que le hizo prorrumpir la admiración de aquel prodigio; pero el tirano, más fiero que la fiera misma, la mandó irritar para que entrase en furor. Consiguiólo; pero fue para hacer pedazos á los que la irritaban: lo que, visto por el gobernador, dio orden para que prontamente la encerrasen en la jaula, y, recelando algún motín popular, ordenó á los gladiadores que matasen á los Santos, los cuales, levantando los ojos al Cielo y suplicando al Señor se dignase aceptar el sacrificio de su vida, consumaron por la espada su glorioso martirio el día 11 de Octubre.